LEOPOLDO DE LUIS

REFLEXIONES SOBRE MI POESIA

ESCUELA UNIVERSITARIA DE FORMACION
DEL PROFESORADO DE E.G.B. «SANTA MARIA»
UNIVERSIDAD AUTONOMA
MADRID, 1985

REFLEXIONES SOBRE MI POESIA

La misma herida

El mundo avanza lentamente. Escucha.
Los pechos fatigados que jadean,
las frentes que altas brisas nunca orean,
las manos que agrio pan tornan la lucha

diaria, le van dando vuelta y vuelta.
Se oye el fragor. La espuma del coraje
llega en el corazón del oleaje
hasta la playa del vivir disuelta.

Manos, frentes y pechos se levantan.
Y luchan, aman, odian, lloran, cantan.
A golpes van haciéndose la vida.

Sumérgete en su mar. De carne y huesos
eres. Somos. Lo mismo. Como éros.
Y respiramos por la misma herida.

Leopoldo Zelli

LEOPOLDO DE LUIS

REFLEXIONES SOBRE MI POESIA

Conferencia pronunciada en la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de E.G.B. «Santa María» el día 5 de diciembre de 1984

ESCUELA UNIVERSITARIA DE FORMACION
DEL PROFESORADO DE E.G.B. «SANTA MARIA»
UNIVERSIDAD AUTONOMA
MADRID, 1985

Ediciones de la
Universidad Autónoma de Madrid

ESCUELA UNIVERSITARIA DE FORMACION
DEL PROFESORADO DE E.G.B.
«SANTA MARIA»

Dirigidas por:
JOAQUÍN BENITO DE LUCAS

Secretaria:
MERCEDES FERNÁNDEZ VALLADARES

Cuaderno de Literatura núm. 8

© LEOPOLDO DE LUIS

Dep. legal M. 12.327.-1985

TALLERES GRÁFICOS DE
LIBRERÍA-EDITORIAL J. PORRÚA TURANZAS, S. A.

PRESENTACION DE LEOPOLDO DE LUIS

Voy a tener el honor de presentar al poeta Leopoldo de Luis, que se encuentra hoy aquí con nosotros para hablarnos de su obra poética. Y es un verdadero honor poder hablar de un hombre con tal creación literaria, en cantidad y calidad. Ha publicado trece libros desde 1946, fecha en que apareció «Alba del hijo», su primera publicación. Desde entonces ha conseguido varios premios literarios, como el premio Angaro y el Premio Nacional de Literatura en el año 1979, con su libro «Igual que guantes grises»; el premio Ausías March, con el libro «De aquí no se va nadie»; el premio Francisco de Quevedo, del Ayuntamiento de Madrid, con el libro «Entre cañones me miro»; el IV premio de poesía Villa de Rota, en 1982, con su libro «Una muchacha mueve la cortina». La cantidad de consideraciones recibidas y su labor crítica sobre poesía, ensayo, etc., nos muestran su labor literaria. Dentro de este grupo ha realizado los libros «Poesía social española contemporánea»; «Antonio Machado, ejemplo y lección»; «La poesía aprendida»; «Vida y obra de Vicente Aleixandre» y ediciones críticas de Aleixandre y Miguel Hernández, entre otros. Entre sus publicaciones he conseguido un librito llamado «Aquella primavera», perteneciente a los cuadernos de María José, que creo es muy querido para el poeta.

Situemos a Leopoldo de Luis en el tiempo y el espacio.

Nace en Córdoba al final de la primera Guerra Mun-

dial, pero se traslada a Valladolid y allí pasa su infancia y parte de su adolescencia. A los 17 años se traslada a Madrid, donde termina sus estudios de bachillerato y Pedagogía. Trabaja después de la guerra civil en una empresa privada y en 1946 sale su primer libro de poesías, «Alba del hijo», como ya hemos dicho. A partir de entonces, las publicaciones se suceden y también los reconocimientos oficiales.

Hablando ya de su poesía, encontramos el tema clave de la obra de Leopoldo de Luis: el hombre. Es el poeta eminentemente humano, encallado en las preocupaciones de los hombres, en su vida en sociedad. Conjuga al hombre con su realidad, amasando ambos conceptos en uno que se unirán en su aspecto social.

La injusticia social es su medio más certero para analizar al hombre que tanto se repite en su obra.

Su realidad acapara y desmenuza, siendo esta realidad la de las cosas más concretas y cercanas, la de todo aquello que rodea al hombre en la vida. El hombre y su libertad, libertad sencilla como patrimonio popular. El hombre y su descendencia, el hijo al que canta con la delicadeza que surge del amor instintivo y paternal.

Es el hombre entero y completo, en todos los aspectos, lo que Leopoldo de Luis deja patente.

Todos sus poemas son bellos, formalmente clásicos, de contenido e intención moral. Hermosos sin buscar la estética por sí mismos; morales porque considera un deber denunciar la injusticia social que el hombre crea y de la que es testigo y víctima; bellos porque salen de dentro de la ética humana.

Los poetas preferidos por Leopoldo de Luis podrían ser, entre otros, Bécquer y Machado.

Toda la melancolía y amargura que envuelve su poesía se puede considerar como un punto de unión con Bécquer. Porque, en realidad, Leopoldo de Luis pone un toque triste y amargo en su obra, una especie de fatal destino que une al hombre en una común desgracia.

Su concepto moral y su visión de mundo en el que la realidad se nos ofrece como tema de meditación, es el punto de unión con Machado.

En general, toda la poesía de Leopoldo de Luis se lee con el corazón, porque es una poesía sentida, no intelectualizada. Es fruto de los sentimientos y a los sentimientos llega, no a los pensamientos. Es una poesía elaborada sobre el deber y la verdad, sin ocultar nada ni negar nada de lo que ocurre a diario. Es una poesía de un grupo de escritores de la generación de posguerra que escriben a diario y que son desconocidos para nosotros. Yo me pregunto a menudo, y más ahora después de conocer esta poesía, por qué no tenemos noción de la poesía actual española y sí de la novela. Qué hay que no nos haga conocer una poesía sincera que está surgiendo diariamente a nuestro lado y que desconocemos por completo.

Debemos hacer el esfuerzo de incorporarla a nuestra lectura porque es de nosotros, de nuestro tiempo.

Y por último, sólo quisiera recalcar el lazo que nos une a Leopoldo de Luis, que es su carrera de Pedagogía. Cualquier camino es válido para acercarnos a su bella poesía: su regalo.

Sin más preámbulo por mi parte, escuchemos al poeta Leopoldo de Luis que hoy nos honra con su presencia. Muchas gracias por la atención prestada.

EVA GONZÁLEZ ABAD

REFLEXIONES SOBRE MI POESIA

«Reflexiones sobre mi poesía» es el título preestablecido para estas charlas en la Escuela Universitaria que amablemente me invita, pero, al encabezar con él mis palabras, no puedo librarme de cierta incomodidad, porque lo encuentro, cuando a mi labor lo refiero, algo presuntuoso. La verdad es que yo no sé si puedo hablar de la poesía que escribo; si acaso, de la que quisiera escribir. Puedo hablar de intenciones, no de logros que ni siquiera estoy seguro de que se hayan producido. La intención y la obra se nos quedan —a mí, al menos— muy distantes.

Cuando me enfrento, como hoy, con la necesidad de definir mi concepto de la poesía, suelo declarar que, para mí, la poesía lírica es *respirar por la herida.* Creo que en esa definición va implícito un entendimiento de la poesía como algo más que la mera experiencia verbal. No es la poesía solamente *una forma de expresión,* sino *la forma de expresar una entrañable realidad humana.*

Hubo una época en la cual el poeta sustentaba su obra con sus ideas. Con el impresionismo, los poetas quisieron que, ante todo, la materia de la poesía fueran las sensaciones. Los movimientos vanguardistas prefirieron recalcar que la poesía se hace con palabras. El surrealismo, reivindica los estados del sueño o, más exactamente, del subconsciente onírico. Cuando yo digo que la poesía es respirar por la herida quiero aludir a todo eso. Porque son sensaciones, pero sin despreciar las ideas, y es asi-

mismo la sorpresa subconsciente, los elementos que yo quisiera ver aflorar en el poema, como los sargazos emergen a la superficie del agua, y esa agua es, precisamente, la forma verbal que la palabra crea. El conjunto que se obtiene necesita un elemento más: la emoción. Y el poema estará hecho.

La emoción la pone la herida. Por eso es respirar por la herida la poesía. Que esa herida le duela a los demás es el acierto del poeta.

Hay dos actitudes frente a la poesía: la que ve la obra como síntesis de una vida (lo que coloca la obra por encima del hombre) y la que ve la vida como raíz de una obra (lo que coloca al hombre por encima de sus escritos). Me inclino por esta segunda actitud y creo que la poesía no suplanta nunca a la vida, sino que debe ser su compañera. Poesía como compañía de vida. Eso he pretendido, y he valorado siempre la importancia de la poesía en la existencia del hombre. Porque es evidente que se puede vivir sin poesía, pero es perderse la mitad de su encanto. También se puede vivir sin amor, pero es perderse la otra mitad.

Aunque me parece una frase brillante y no exenta de matices verdaderos, no ha llegado a convencerme nunca aquello de Valéry cuando decía: «Afortunadamente, el poeta no es nunca el hombre». La poesía —la que yo quisiera haber hecho— debe reflejar al hombre. Como un espejo. Pero no como el espejo del agua que reflejaba a Narciso. La poesía no debe ser narcisista, sino un reencuentro con el «alter ego», con el otro yo que siempre somos. Por eso la poesía propia le produce a uno —al menos, a mí— rubor y zozobra. Rubor, por lo que pueda significar de egocentrismo. Zozobra, por la sorpresa del otro yo. Del complementario, según decía don Antonio Machado. El otro que va conmigo y que me obliga a la reflexión. En *Igual que guantes grises,* un libro que publiqué en 1979, hay un poema representativo, como algunos otros, de ese conflicto o dualidad del ser.

LOS ANTAGONISTAS

Siempre seremos dos, ¡qué pobre historia!
El que quisimos ser —el que pensamos—
y el que se mueve en duras realidades
y hace almoneda de su vida a diario.
No hay reconciliación entre nosotros
aunque firmemos sucesivos pactos
como pactando van la noche, el día
y son en corazón de luz contrarios.

Los primeros nosotros no hemos sido:
esta guerra civil no la he inventado
yo. Sé muy bien que no es un sueño,
que no es un viejo retoñar romántico.
La realidad frente al deseo —¡ah, Luis
Cernuda!— siempre en pleito inacabado.
Yo no soñé, viví. La vida es doble
juego, trampa, reparto
de segundos papeles o de historias
cambiadas de acto en acto.

Aquí no pone nadie azules velos
de idealidad ni arcángeles sonámbulos.
Un hombre pone vivo, a ras de tierra,
a ras de hueso y corazón golpeando.
Un hombre que no quiere cegar y que comprende
a costa de dolor y desencanto
que somos dos en guerra, en pena, en muerte
por mutuo asesinato.

Reflexionar es volver a mirarnos con otros ojos o desde ángulo distinto. O a otra luz. Y establecer un monodiálogo —digamos, con palabra unamuniana. Siempre hablamos con nosotros mismos, hasta en sueños. El otro yo va por las veredas del sueño protagonizando sucesos que luego nos cuenta. O, dicho de otro modo: todo nos lo contamos a nosotros mismos. Como en el espejo. Sueño-espejo-poema son, en el fondo, una misma cosa. Por eso recordamos, por eso la poesía se nutre de la memoria.

No es que el poema nos retrate, es que nos espeja. El espejo es mucho más que el retrato. Un retrato nos inmoviliza; un espejo nos dinamiza. El retrato nos sorprende saliendo de la vida; el espejo nos encuentra entrando. Parodiando a Ortega, diríamos que el hombre es él y sus espejos. En ellos estamos, por ellos pasamos y nos quedamos. Porque los espejos no olvidan. Claro que a veces fracasamos. Casi siempre intentamos vernos sin conseguirlo, como si nos estuviésemos mirando en un espejo pero con los ojos cerrados. Otro poema del mismo libro nace de esa ceguera:

EL ESPEJO

Con los ojos vendados nos miramos
cada día delante de un espejo
para ser sólo imágenes
nuestras que no veremos.

Desfilamos, retratos fidelísimos,
copias exactas, calcos o reflejos,
resbalamos por aguas espejeantes
como narcisos ciegos.

Debo de ser la sombra, los perfiles,
la refracción de ese cristal o hielo;
debo de ser el doble repetido,
el náufrago en el fondo de ese sueño.

Qué culto extraño ante el cristal, la luna,
de extraterrestre, de astronauta muerto
girando sin sentido
en la órbita cerrada por el pecho.
Qué culto extraño para
sentirnos sólo luminoso eco
de nuestra propia realidad corpórea,
mitología del azogamiento
liturgia de pantallas sucesivas,
idolatrización del reverbero.

Sólo somos figuras proyectadas
sobre un cristal, pero jamás nos vemos.

El proceso de reflexión que es el poema se elabora en la única realidad verdaderamente humana —y digo verdaderamente por serlo en exclusiva— que es el cerebro. Ya se sabe, porque lo han descubierto los científicos, que la vida reside ahí y que es la muerte del cerebro lo que determina el final de la existencia individual. Tal es el milagro que quise llevar a un poema de *Reformatorio de adultos,* un libro de 1974. Se titula

LA ROSA GRIS

TODO está en esta rosa gris. La vida
menudamente canta. En este pájaro
de plumas incontables está el vuelo
que va del ojo al corazón y al labio.

Aquel amor, aquella risa, aquella
esperanza, en su playa se bañaron.
Nacieron de su arena aquella angustia,
aquel rencor, aquellos desencantos.

Llaman las cosas desde fuera, dicen
su cuento, abren su río cotidiano;
multiplica la luz sus abalorios,
y la música quiebra su rosario.

Desterrada aventura, sueño antiguo,
ceniza azul, espuma de entusiasmo,
ramillete de escarcha, sombra mía,
circunscripción de cerebrales planos.

La vida va por esta rama oscura,
por este diminuto sol opaco,
por esta nube de materia donde
cae la lluvia del tiempo como un llanto.

Todo está en esta rosa gris. Efunde
desde esta realidad todo el milagro.

Así pues, es la condición humana la preocupación que me ha llevado por lo general a escribir mis poemas. La

condición humana con sus angustias y sus frustraciones, con sus sueños y sus deseos, alentada también por el amor y por la esperanza y envuelta en la necesidad de comunicación con los demás. El poeta nace en soledad, pero se expresa entre los demás hombres, y en la comunicación con su entorno y con sus contemporáneos se enriquece. De todos y de todo es tributario el poeta. Con cuanto recibe va elaborando su poesía. En ese sentido, la poesía es una restitución: el poeta devuelve a su pueblo, hecho poesía, lo que de su pueblo recibe. Hace bastantes años intenté decirlo en este poema del libro *Juego limpio*:

CONDUCCION

EL plomo fontanero
con su modesta ropa de trabajo
por laberinto gris de tuberías
nos trae hasta la casa ese regalo
tan sencillo del agua.
El cobre
electricista, el rojo hilo, relámpago
que cabrillea entre la estrecha nube
de su funda de amianto
nos trae la luz, instaura
cada noche el milagro
de sus pequeños soles.

El plomo, el cobre. Necesarios
camaradas. Como ellos
por escondidos tubos subterráneos,
por aéreos hilos invisibles,
calladamente demos paso
a un agua de verdad, a la luz clara
de la esperanza. Hagamos
con humildad labor de buenos
conductores, de humanos
metales conductores hasta el último
rincón oscuro de la casa, el más lejano
lugar del corazón de cada hombre.

La poesía, un agua, una luz que a la mano
de pronto viene, desde qué altas fuentes,
desde qué ciegos ríos despeñados
qué sierras de dolor y amor nos cruza,
en qué generadores de entusiasmo
no se transforma. Todo
hace posible ese fluido, ese arco
luminoso. De todos,
hombres, cosas, paisajes, ese vaho
se condensa y nos llueve sobre el pecho
cuando el verso escribimos. Devolvamos
a cada uno su luz, su agua,
verdadera palabra, himno esperanzado,
igual que los metales que conducen
a nosotros clarísimos milagros.

Creo yo que la poesía es un acto de amor y la entiendo como una prueba de humildad. Estoy lejos de las actitudes soberbias y «elitistas» del arte. Han caído las torres de marfil y si la poesía es «paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos», como quería Soto de Rojas, que lo sea por los demás, no por la intención del poeta que, aunque se sepa desatendido, no puede sentirse insolidario. Sólo a los modernistas —y tampoco a todos; a Rubén, que por algo era Rubén— se les podría ocurrir aquello de «torres de Dios, poetas». El poeta, aunque maneje una materia más exquisita —al menos, en apariencia—, no puede estar al margen del quehacer común. Estimo que la poesía no es un lujo inútil; por el contrario: la considero útil y aun necesaria para el hombre. Creo que puede ayudar al hombre a comprender mejor el mundo. En un poema de *Teatro real* quise expresar este sentimiento:

A LUIS, EL CARPINTERO DE AL LADO DE MI CASA

TU estás, Luis, trabajando tu madera,
dando artesana forma de instrumento

al pino azul, sacando de los troncos
los casi humanos y útiles objetos.

Tú con tu hacer fecundo, Luis. Tu sierra
y tu garlopa susurrante siento
tras la pared que nos separa. Escucho
en la materia vegetal tu empleo.
Oigo tus manos laboriosas mientras
labrar palabra verdadera intento,
desbrozar la palabra de sus ramas
secas, pulir el armonioso leño,
dar forma a esta materia que insumisa
en musical corteza oculta el hueso.

Esta materia en que trabajo apenas
suena bajo mi mano. En el silencio
tu vecindad se crece rumorosa.
Yo mis humildes materiales dejo
para escucharte. Pluma, papel, pobre
palabra que deshace el tiempo.

También quisiera yo lograr ahora
el seguro destino de tu esfuerzo.
El humano servicio de tu exacto
golpear. Un sencillo fin concreto
para los hombres. Como necesarios
utensilios, dejar palabras, versos,
sobre los que apoyar la vida. Como
lisas tablas de paz. Ser carpintero
de esas vivas maderas en que el hombre
ha de dejar su corazón, su peso,
reposando un instante. No es posible
cerrar oídos al sonoro ejemplo
de tu oficio artesano. No es posible
olvidar la materia en que ponemos
esta pasión diaria.

De las palabras crece un manifiesto
de sangre y de verdad. Una esperanza
luminosa y común. Callado obrero
de esa hermosa madera, cada día
trabajo contra el terco desaliento.

Cómo puede la poesía ser útil (en contra de lo que algunos dicen —han dicho y siguen diciendo— sobre su belleza inútil, o muy necesaria, pero sin que sepamos para qué), a mí me parece verlo claro por mi propia experiencia, no de poeta —sería mucho creer—, sino de lector. Pocas cosas me han proporcionado tanta fuerza moral como algunas poesías. En mi macuto de soldado, durante una guerra, y en mi petate de recluso, durante una etapa de cárcel, estuvo siempre un ejemplar de la *Segunda antolojía,* de Juan Ramón Jiménez. Lo digo como simple ejemplo. De toda gran obra poética podemos salir mejores y más libres.

Claro que resulta ingenuo suponer que la poesía pueda tener una acción inmediata sobre lo contingente, ni tampoco ir más allá de proporcionar una compañía espiritual —de orden estético o de orden moral— en quien la lea. Exageraban quienes suponían que los poetas sociales, cuya obra fue tan intensa y extensa en las décadas españolas de los cincuenta y los sesenta, se consideraban en posesión de un arma activa y eficaz para transformar la realidad política de su tiempo. Eso es infantil, y hubiera resultado demasiado hermoso. No creo que pretendiera ninguno más que compartir la esperanza y el dolor colectivos. Ni soñaban ir más lejos de *compadecer.* Compadecer, en su verdadero sentido de la palabra, porque compadecer no es sino *padecer-con.* Por eso, para mí, la poesía que podemos llamar social no es una nueva épica, sino una nueva —y no tan nueva— lírica. Es lo que intenté decir en un poema como éste de 1961:

LA MISMA HERIDA

El mundo avanza lentamente. Escucha.
Los pechos fatigados que jadean,
las frentes que altas brisas nunca orean,
las manos que agrio pan tornan la lucha

diaria, le van dando vuelta y vuelta.
Se oye el fragor. La espuma del coraje
llega en el corazón del oleaje
hasta la playa del vivir disuelta.

Manos, frentes y pechos se levantan,
Y luchan, aman, odian, lloran, cantan.
A golpes van haciéndose la vida.

Sumérgete en su mar. De carne y huesos
eres. Somos. Lo mismo. Como ésos.
Y respiramos por la misma herida.

Compadecer y acompañar a cuantos se esfuerzan por un vivir común, formando eso que, en mi sentir, debe entenderse por *patria.* Como en el poema siguiente, de 1959:

PATRIA DE CADA DIA

CADA uno en el rumor de sus talleres
a diario la patria se fabrica.
El carpintero la hace de madera
labrada y de virutas amarillas.
El albañil de yeso humilde y blanco
como la luz. El impresor de tinta
que en el sendero del papel se ordena
en menudas hormigas.
De pan y de sudor oscuro el grave
campesino. De fría
plata húmeda y relente
el pescador. El leñador de astillas
con forestal aroma cercenada.
De hondas plumas sombrías
el minero. De indómitas verdades
y hermosura, el artista.
Cada uno hace la patria
con lo que tiene a mano: la sumisa
herramienta, los vivos materiales
de su quehacer, un vaho de fatiga,
una ilusión de amor y, al fin, la rosa
de la esperanza, aún en la sonrisa.

Esto mismo puede ampliarse al mundo, compartiendo la preocupación general por las amenazas comunes. El ser humano es, hoy por hoy, el inquilino de un planeta donde se erige en medida de todas las cosas, según ya definió Protágoras. Su manera de mirar, crea la belleza, puesto que la belleza es un valor espiritual que el hombre reconoce en determinados objetos. La naturaleza no es ni deja de ser poética. La poesía la pone el hombre. No hay tardes tristes ni mañanas alegres. Somos nosotros quienes complicamos en nuestra tristeza a la tarde y quienes hacemos coincidir con la mañana nuestra ansia de vida. Concertamos el mundo exterior con nuestros estados anímicos. Pero la rosa no nos mira; somos nosotros quienes miramos a la rosa. La miramos y la admiramos, convirtiéndola en paradigma de bellezas y perfección. Sin el hombre, sin su mirada, el paisaje no pasaría de ser un trozo telúrico, un pedazo de planeta ciego. De ahí que el hombre deba salvar el paisaje, pero también el paisaje debe salvar al hombre. Si desapareciera el hombre, el paisaje no tendría sentido. De ahí parte este poema de 1979:

EL PAISAJE ERES TU

No hay paisaje sin ti. Qué roca oscura,
qué mar de plomo, qué amarillo cielo.
Es sólo tu mirada la que infunde
belleza y claridad. Máquina extraña
que elabora el prodigio del paisaje.

Sólo es rosa la rosa si la miras
y este trozo de tierra abrupta y este
trozo de mar sombrío se revelan
en tus laboratorios cerebrales.
Ah, si fuese verdad tanta belleza.
Pero la verdad nace en los sentidos.
La verdad es tu mano y es tu lengua,
tu nariz, tus oídos, tus pupilas
y tu humana conciencia recogiendo
tanto material presto a la hermosura.

Cuando la bomba aséptica extermine
córneas, tímpanos, lenguas, pituitarias
y piel en forma tuya edificados,
¿qué será de esta pobre geografía
sin el soplo de un dios que la despierte?

Otra reflexión que he intentado llevar a mis poemas contempla la persona humana en su más cruda realidad. Busca su identidad última y única. La dicotomía de cuerpo y alma o, dicho de otra forma, de mente y materia, ha acabado por resultarme difícil de comprender, y me condujo al poema de 1979, que se titula:

SOY UN CUERPO

1

Cae mi gozo en el pozo del espejo.
No soy más que este cuerpo que se mueve.
No me veo: se ve. Soy viendo. Llueve
sombra por el espacio en que me alejo.

Soy el espacio en que me alejo. Dejo
que este cuerpo que soy me lleve. Lleve
su propio ser. El tiempo o sombra bebe
la única realidad que aquí reflejo.

No es *mío* el cuerpo —¿quién el previo amo?—.
No estoy *yo* en él —¿a qué otro ser reclamo?—.
No *he* encarnado —¿de quién la encarnadura?—.

Mi cuerpo no es mi cárcel, ni cabalgo
en él, ni es mi disfraz. Ni entro ni salgo
soy *yo* cárcel, disfraz, cabalgadura.

2

Yo no estoy dentro de *mi* cuerpo. Me hace
reír el *yo* y el *mi*. Soy eso solo.
¡Qué ansia de poseer: *mi* cuerpo! No lo
comprendo. ¿El previo *yo* que acaso nace

antes del cuerpo y que le llama suyo,
quién es, de dónde viene? No, no *es mío:*
es, soy. No más. Bastante escalofrío
de realidad. Bastante sombra. Fluyo

a un viejo caz de tierra que me acoja.
Materia viva que agua o sueño moja,
un cuerpo único y solo soy, humano.

Se llama *yo* este cuerpo y esta queja,
esta poniente luz que me refleja
y esta nada que toco con la mano.

3

¿*Yo* me poseo a *mí*? Sólo poseo
la convicción de ser, de estar mirando
tus ojos que me miran ahora, cuando
siento la realidad porque te veo.

Yo no tengo *mi* cuerpo, tengo el tuyo.
Yo soy un cuerpo hacia el que nunca he ido.
Al tuyo sí que fui, y allí he sabido
qué es lo que creo y qué es lo que destruyo.

La realidad es lo que constatamos
cuando un cuerpo a otro cuerpo aproximamos
y fundimos en un solo deseo.

Porque sé que estás viva, estoy seguro
de que estoy vivo yo. Por ese oscuro
acertijo en la vida real creo.

4

Lo irremediable no es que *mío* sea
este cuerpo, sino que sin remedio
este cuerpo soy *yo*, frente al asedio
de un mundo en rotación que me rodea.

Yo no tomo este sólido instrumento
para el oficio de vivir, *yo* vivo
porque soy su materia. *Yo* no arribo
a su playa, soy playa bajo el viento

irremediable de la vida. Alienta
irremediablemente una herramienta
que a sí misma se usa. No se siente

sino su propia acción: sangre, latido,
jadeo que es vivir: un leve ruido,
lúcido afán, irremediablemente.

5

De pronto de tu cuerpo te das cuenta.
Pero ¿quién se da cuenta? Eres tú mismo.
Te das cuenta de ti. Qué extraño abismo,
qué incomprensible magma de placenta.

Tu cuerpo es quien acaso te descubre
a ti. Mas, ¿sois distintos? No sois nada
más que una realidad, una ensenada
que el agua viva oscuramente cubre.

No puedes ser Colón para tu tierra,
no puedes ser el Armstrong de tu luna,
no eres un pensamiento por la grama.

Sólo una realidad que abre y que cierra
su fugitiva sombra donde acuna
un fuego vivo su pequeña llama.

6

¿Quién es el responsable de este fallo?
Un pequeño motor que se fatiga.

Una rosa, una adelfa y una ortiga:
flores las tres, desde distinto tallo.

Mi corazón también da flor distinta
desde sus estaciones diferentes.
Mi cerebro soporta otras corrientes.
Mi mano escribe con diversa tinta.

Soy una realidad que cambia, a riesgo
de extinción por el sesgo
de un viento que se afila.

Soy las cuatro estaciones de mi año,
soy mi peligro, soy mi propio daño
y el mismo pelotón que me fusila.

Pero, ¿cómo puede el poeta vivir de espaldas a lo que ocurre en torno suyo? Por muchos viajes que desee hacer a su mundo interior, ¿cómo no va a sentirse inquieto por cuanto inevitablemente le afecta del mundo exterior? Un liberal de principios del XIX, don Manuel José Quintana, opinaba ya que los grandes inventos tan influyentes en el destino de la humanidad, deben ser objeto de la poesía, que bastante ha cantado a las artes liberales y debe cantar también las artes mecánicas. Viene a coincidir, en cierto modo, con lo que opinará, años después, un anarquista de principios del siglo XX, Pedro Kropotkin: en el primer capítulo de su *Etica* escribe: «Si la contemplación del Universo y el conocimiento íntimo de la naturaleza fueron capaces de inspirar a los grandes poetas [...], ¿por qué no habrá de encontrar el poeta motivo de inspiración en la comprensión más profunda del hombre y su destino?». Las modernas técnicas, tan deshumanizadas, alteran profundamente el hoy y el mañana de la humanidad y preocupan, al menos a quienes nos hemos visto sorprendidos por sus triunfos crueles, cuando estábamos hechos a la valoración de las humanidades. Es una preocupación no angustiosa, pero sí inquietante. En ella se substancia, por ejemplo, el poema

NOCIONES DE ESTADISTICA

La Estadística es una princesa de azul hielo
que patina por círculos de cálculos metálicos
y arrastra suavemente a sus fríos dominios.
Entras en sus elipses, en sus cerradas curvas,
en sus circunferencias concéntricas te sumes,
sus ecuaciones ponen espejos a tu imagen,
tus huesos redondeas en sus lentas parábolas,
tus madejas devánanse en su asíntota,
habita en sus incógnitas tu sangre,
eres el leve punto de sus gráficos,
cruzas el seco cielo que se acota
entre su abscisa y su ordenada, eres
el pájaro pequeño que persigue la flecha
de la media aritmética más allá de su nido.

Somos el acechado gorrión de la Estadística,
caemos en sus redes y el corazón nos tiembla
como trémulas alas, nos sentimos heridos
pero sólo nos cruza un pequeño taladro
para que nos registre la gran computadora.

Hoy me he muerto de hambre, ayer besé tus labios,
mañana seré el preso de un sueño subversivo,
camino con el flanco quemado por un hierro,
soy la res de una inmensa ganadería técnica
y tengo una sonrisa de pena programada.
Yo soy el cero punto y un pequeño guarismo
por ciento de la masa que consume la vida,
apenas si perturbo el nivel de incidencia
y mi amor se regula por un coeficiente.
El cáncer me ha elegido, el infarto me ronda,
la autopista reclama mi cadáver.
Soñé con una pura libertad: bien mirado
pudiera ser su hipótesis, y sé que ya mi muerte
está en una esperanza matemática.

A esta altura de mi charla, tengo la sensación de haber hablado mucho, pero sin darles una puntual noticia de

mi modesta labor a lo largo de cuarenta años. Claro que tampoco merece la pena. Sólo para los estudiosos —preparadores de tesinas, tesis, trabajos de investigación...— tiene valor la bibliografía y, por otra parte, sólo merece la pena ser estudiada la obra importante y trascendental, valores de los que mi labor está muy lejana. Soy un poeta que ha vivido intensamente su época, pero que no espera tener presencia dentro de unos años. La verdad, consciente de mis limitaciones, tampoco aspiro a ella. Cada generación entiende la poesía —y el arte y, en general, la vida misma— de manera diferente. Lo que yo escribo no está en la línea de lo que suelen escribir hoy los poetas jóvenes, más entusiastas del verbalismo y la estética, renovadores de un neomodernismo o de un neosurrealismo, y más amigos de la exaltación imaginativa. Pero ni sé ni quiero abandonar mis temas y mi estilo, que constituyen el ámbito en que me reconozco, me encuentro conmigo mismo. Entre mis muchos defectos no entra el exceso de vanidad: tengo el grado de vanidad mínimo que hace falta para ser escritor. Creo que puedo considerarme un poeta fiel a sí mismo.

Comencé a publicar libros en 1946. Fue un pequeño conjunto de poemas titulado *Alba del hijo,* una muestra de la presencia del tema familiar en la poesía de posguerra. Nos apartaría del tema de hoy comentar las causas que, a mi juicio, motivaron ese florecimiento temático en tan difícil coyuntura. Baste señalar el hecho, así como la sombra de Miguel Hernández sobre este motivo tan entrañablemente humano.

En 1948 el poeta Gabriel Celaya inició la publicación de unos libros poéticos: la llamada Colección Norte, y en ella editó mi segundo libro, también breve: *Huésped de un tiempo sombrío* —título suficientemente expresivo como para comprender con facilidad sus motivaciones, surgidas del enfrentamiento con unas circunstancias amargas, en una época adversa para mí, de donde se obtiene un clima más bien pesimista.

Al año siguiente accedí al catálogo de la entonces todavía joven Colección Adonais, lo que constituía la aspiración de cuantos poetas empezaban. El libro fue *Los imposibles pájaros,* que descubre en mí la huella aleixandrina —huella que reconozco y agradezco con devoción y admiración—, al escribir una suerte de elegía por los sueños frustrados, por las ilusiones que se desvanecen.

Los primeros poemas que presentan una temática de tipo social (o testimonial, o de protesta) en forma expresa, se recogen en *Los horizontes,* de 1951, dentro de una muy significada publicación canaria: «Planas de Poesía», de Las Palmas, editada por los hermanos Millares: Manolo, el pintor, y Agustín y José María, los poetas.

De nuevo la melancolía, como en *Los imposibles pájaros,* aparece en un pequeño cuaderno de 1952: *Elegía en otoño.* En esos poemas, la vida se contempla como un devenir amarillo inevitable.

Tengo especial cariño por otro cuaderno que apareció en 1954 y que escribí inmerso en el dolor por la muerte de mi padre. Se titula así, *El padre,* y creo que, partiendo de un dolor íntimo y personal, trasciende a una pena generalizada en la sensación de orfandad que siempre acompaña al hombre.

Una cierta inclinación hacia la filosofía de la existencia me dictó los poemas de *El extraño,* de 1955. Algunos se mantienen entre los que aún gozan de mi estimación, como pueden ser «La pareja» o «El hijo», cuyos motivos se matizan con un sentido existencial. En mis poemas amorosos, suele estar presente, más que el aspecto erótico, la comprensión del cuerpo amado como una tabla de salvación en el naufragio de la existencia.

Volví a la Colección Adonais con *Teatro real,* título calderoniano: la vida como teatro donde interpretamos nuestros respectivos papeles. Pero no está vista sólo desde la fatalidad de la existencia, sino también en el entorno social que se nos impone.

Esos condicionamientos sociales siguen incidiendo en

los dos libros siguientes: *Juego limpio,* de 1961, y *La luz a nuestro lado.* Este último libro es uno de los que abrieron la luego tan famosa Colección de «El Bardo», en 1964. Nunca son totalmente objetivos estos poemas porque, para mí, la poesía parte siempre de la subjetividad, según se comprende desde mi definición de «respirar por la herida» a que antes aludí.

En 1970 publiqué *Con los cinco sentidos.* Un libro muy estructurado, dividido en cinco partes, cada una de las cuales glosa una forma de conocimiento por medio de la percepción sensible.

Una vez más se imbrican los temas sociales y los existenciales en *Reformatorio de adultos* y en *De aquí no se va nadie.* Como habrán percibido, este último título parte de una cita del gran poeta León Felipe.

Los últimos caminos de mi andadura poética están jalonados por *Igual que guantes grises,* de 1979, *Una muchacha mueve la cortina,* de 1983, y *Del temor y de la miseria,* que aparecerá a primeros de año.

En *Igual que guantes grises* me propuse una indagación en el valor de la palabra poética, así como en la identidad de la persona. De esta segunda preocupación les leí antes el poema «Soy un cuerpo». Puedo leerles ahora, sobre la palabra, este otro:

LAS PALABRAS

No digas que son poco las palabras,
esos guantes que visten
los infinitos dedos del silencio,
esas manos cargadas de sentido
merced a su gamuza tan sonora
que hasta la soledad se vuelve humana
y salen desde el fondo de la tierra
las sílabas heridas o pequeños gusanos
que balbucen raíces y misterios.

No digas que son poco las palabras
porque no desintegran los refugios
del hambre o la injusticia. ¿Es poco el sol,
y tampoco derrota a la amargura?
¿Con qué manejarían nuestras manos
la fuerza nuclear que es nuestra vida
a no ser con su guante que pronuncia?
¿Con qué si no con su manopla hablada
iban a usar el bisturí del miedo
para cortar el cáncer de la muda
indiferencia que nos hace bloques
solitarios, ajenos, inauditos?

Las teje densa urdimbre solidaria,
un hilo humano las hilvana y cose
y en su hueco sonoro soy fraterno.

En *Una muchacha mueve la cortina* prevalecen los temas íntimos. Es un libro de recuerdos. A través de esa cortina que es la memoria aparecen escenas de infancia; las realidades esperanzadas del amor; su devenir como compañía de vida; el abatimiento de los pájaros de la existencia; los momentos de angustia; la falta de libertad; el decaimiento del entusiasmo por vivir; las experiencias de confrontaciones amargas y, como síntesis, la comprensión simbólica de la vida como una extraña mujer que nos acompaña siempre y que, aunque algunas veces nos sonría, otras parece querer abandonarnos, en tanto que cruelmente pasa con indiferencia por encima de nuestras más dolorosas pérdidas.

Quizá hubiera convenido dedicar un espacio de esta charla a mi manera de entender la cuestión de la forma poética, los problemas del ritmo, la utilización de la rima, lo que entiendo por verso libre. Pero es evidente que tales comentarios deben quedar ya fuera, por razones de tiempo. No sería discreto solicitar más plazo a su paciencia. Sólo les diré que no creo en el verso libre. El verso libre no existe, cualquiera que sea el sentido del ritmo que el

poeta posea. Pero sin ritmo, no hay poesía. Y menos, poesía en verso. Lo que distingue el verso de la prosa es el ritmo. No hay —repito— verso libre: el verso, como el hombre, no es nunca del todo libre.

Y, para terminar con un poema, permítanme que les lea uno de los últimos del libro *Una muchacha mueve la cortina.*

ESA MUJER A MI LADO

Una mujer vestida de esperanza
y de sombra me dice que camine
a su lado. La he visto tantas veces
que se hacen familiares sus presencias.
Apareció a mi lado una mañana
tan por sorpresa que lloré de gozo
y en mi pecho crecieron poblaciones.
Sólo vi entonces sus vestidos claros
y al andar parecía que flotaba
inaugurado un aire repentino.
—Te han visto ir con una azul muchacha,
parecían decirme cuantas gentes
se cruzaban conmigo. —Es un secreto,
les contestaba yo. Pero qué claro,
que transparente aquel secreto a voces
que hasta mis mismos ojos delataban.
Quise verla mejor: la miré un día
de frente: rubia, clara, con sus trenzas
como dulces amarras de los astros
y una boca que no sé si estrenaba
sus labios o los míos en el beso.
Yo me hubiera dejado cortar una
mano con que toqué la tibia curva
de sus senos, con tal de no perderlos.
Pero no los perdí, sino que a poco
los vi bajo otros cuello y otro rostro
y una mirada honda, oscura, cálida
me inclinó a sospechar que era morena
la mujer que camina por mi orilla.

Rubia, morena... nada importa: luces
cambian, reflejos, brillos, sensaciones
ópticas, sueños casi. Algo perdura
sin embargo en el fuego que mis manos
sostienen todavía, y no se queman
del todo aún (se quemarán sin duda,
serán ceniza con o sin sentido,
no sé si polvo enamorado o sólo
partícula olvidada por la tierra).

Un momento creí que la perdía,
indiferentemente se alejaba,
levanté unos vestidos que en mi torno
movió el aire y un hueco o una ausencia
me acompañaban, yo estaba vestido
de soledad o de soldado prófugo,
desertor de su heroico regimiento.
—Va a ser preciso acostumbrarse, dije;
y la noche cayó sobre mis hombros.
Mas me repuse y apreté mis pasos,
al alba la tenía ya muy cerca.
Aún tuve que cruzar campos en llamas,
secas planicies, bosques desgajados,
ruinas de fortalezas y castillos,
galerías de sombra... y una tarde
le di alcance. —Camina junto a mí,
sentí que me decía. Pero algo
había ya cambiado, de los huesos
a la carne mi cuerpo se dio cuenta
que es más bella que fiel, aunque me ame.

Una mujer vestida de amargura
y de nada. Pudiera ser su espejo.
Con sorpresa y dolor vi su retrato
roto entre los papeles de mi padre.
Pero yo seguí andando. Me esperaba
y balbucí unas pálidas excusas.
La eché de menos una tarde fría
de primavera, bien seguro tengo
que ella no estaba allí, cuando besaba
yo de mi madre los recuerdo últimos.

Debió ser ella quien se disculpase
y me dolió que no lo hiciese nunca.
Como la vi tan lejos, tan extraña,
tan hecha de materia fugitiva,
aborrecí sus acompañamientos.
—De qué poco me sirves, compañera,
qué inhóspitos albergues da tu casa,
qué menguada alegría tus canciones,
qué enteco abrigo tu ropaje cárdeno.
Y pensé despedirla para siempre
en un otoño que acumuló un poco
más que otras veces sus cobrizas hojas
contra el umbral helado de mi casa.
Pero la he vuelto a ver. Tendrá probable-
mente una edad pareja de la mía
e ignoro si aún retiene su hermosura
porque tapó su rostro al encontrarme.

LIBROS DE POESIA DE LEOPOLDO DE LUIS

Alba del hijo. Col. Mensajes. Madrid, 1946.
Huésped de un tiempo sombrío. Col. Norte. San Sebastián, 1948.
Los imposibles pájaros. Col. Adonais. Madrid, 1949.
Los horizontes. Col. Planas de Poesía. Las Palmas, 1951.
Elegía en otoño. Col. Neblí. Madrid, 1952.
El árbol y otros poemas. Col. Tito Hombre. Santander, 1954.
El padre. Col. Mirto y Laurel. Melilla, 1954.
El extraño. Col. Agora. Madrid, 1955.
Teatro real. Col. Adonais. Madrid, 1957.
Juego limpio. Col. Palabra y Tiempo, Taurus. Madrid, 1961.
La luz a nuestro lado. Col. El Bardo. Barcelona, 1964.
Con los cinco sentidos. Col. Fuendetodos. Zaragoza, 1970.
De aquí no se va nadie (Premio Ausías March). Ayuntamiento de Gandía. Gandía, 1971.
Teatro real y Juego limpio. Col. Austral, Espasa-Calpe. Madrid, 1975.
Igual que guantes grises (Premio Nacional de Literatura). Col. Angaro. Sevilla, 1979.
Entre cañones me miro (Premio Francisco de Quevedo). Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1981.
Una muchacha mueve la cortina (Premio Villa de Rota). Fundación Alcalde Ruiz-Mateos. Rota, 1983.
Antología: *Poesía* (1946-1968) y *Poesía* (1946-1974). Edit. Plaza & Janés. Barcelona.

LIBROS SOBRE LA OBRA DE LEOPOLDO DE LUIS

La poesía de Leopoldo de Luis, por José A. Cáceres Peña. Málaga: Publicaciones El Guadalhorce, 1970.
Leopoldo de Luis: Biografía, Estudio, Antología, por Concha Zardoya. Madrid: Ministerio de Cultura, 1982.
Leopoldo de Luis o la palabra densa, por Elena Refojos de Có. Buenos Aires: Talleres Robert y Cía., 1983.

RELACION DE CUADERNOS PUBLICADOS

1. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   Rafael Morales.

2. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   José Hierro.

3. EL DIFICIL CAMINO DE LA LITERATURA INFANTIL.
   Arturo Medina Padilla.

4. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   Luis Jiménez Martos.

5. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   Dámaso Alonso.

6. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   Carlos Bousoño.

7. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   Joaquín Benito de Lucas.

8. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   Leopoldo de Luis.

PROXIMOS NUMEROS

9. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
   Enrique Azcoaga.

10. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
    Claudio Rodríguez.

11. REFLEXIONES SOBRE MI POESIA.
    José García Nieto.